

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

Flores Cordiales

HEMEROTECA
MUNICIPAL



DE MADRID



MESALINA

15 céntimos.

Se publica los domingos.

FABRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

MADRID, CALLE DE FUENCARRAL, 27

La Casa
COPPEL
garantiza la
buena marcha de todos
sus Relojes
acompañando á cada uno
su CERTIFICADO DE
GARANTIA

Catálogo
gratis.

Taller de
composturas.

Remesas
á provincias.

RELOJES DE PRECIO BAJO, RECOMENDABLES

CLEOPATRA

Reloj extraplano para caballero, en acero, con esfera metálica, á
Pesetas 18.

TUDOR

Reloj plano para caballero, en níquel, con esfera blanca, á
Pesetas 10.

BERLIN

Reloj fuerte para caballero, en acero, con esfera de gran lujo, á
Pesetas 13.

ELOISA

Reloj plano de señora, en acero, con esfera blanca, á
Pesetas 12.

CARDENIA

Reloj plano para señora, en acero, con adornos en color, á
Pesetas 20.

SPORTSMAN

Reloj-Pulsera, gran novedad plata con pulsera de correa, á
Pesetas 20.

CALCUTA

Reloj de pared, regulador, 65 centímetros de altura, á
Pesetas 15.

ZEUS

Reloj despertador de sobremesa, 10 centímetros de altura, á
Pesetas 6.

A PLAZOS

Al personal de guardia civil y carabineros se le pasa cargo, en cuatro plazos.

LA HERNIA

UN INVENTO VERDAD

El director del Instituto Moderno, plaza de Santa Ana, 11, principal, Madrid, **GARANTIZA** la contención absoluta de las hernias (quebraduras), por voluminosas y difíciles que sean, con el **invento Litter**, y lo somete al examen de todos los señores **médicos**. La **curación radical**, no, porque es imposible en los adultos. El **vendaje Litter**, que no se parece á ningún otro, permite los trabajos más rudos, incluso montar á caballo; evita todos los peligros, es **invisible** y se puede dormir con él sin molestia. El **invento Litter** lo recomiendan todos los médicos y cirujanos del mundo, por ser el aparato más científico, cómodo y seguro.

Unico en España para la venta y aplicaciones, Instituto Moderno Madrid, Despacho: de 10 á 1 y de 3 á 7. Folletos gratis. Faja ventral (premiada) Litter, para señoras de vientre caído y delicado.

Polvos ingleses para es-
maltar la dentadura.

CAJA, UNA PTA.

Farmacia central de la Victoria.
VICTORIA, 6 y 8.—MADRID

Al portador de veinte
se le regalará una caja **CUPONES**

¡FUMADORES!

El encendedor de alcohol es más elegante y barato que las cerillas.

Desengaño, 6.

NO VENDER

oro y alhajas sin ver lo que pagan en la calle de Tetuán, núm. 16, es quina á la del Carmen.

Taller de Joyería.

Impotencia.

Espermatorrea y esterilidad.

La curan las célebres píldoras tónico-genitales del doctor Morales. **CARRRETAS, 39, Madrid.** Farmacias, á 30 rs. caja.

Flores Cordiales

Redacción y Administración:
San Andrés, 19.

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

Apartado de Correos, número 48.

Madrid 29 Septiembre 1907.

LA HISTORIA EN VERSO

MESALINA, LA IMPÚDICA

Mesa-lina fué una mesa...
de noche, aunque sea agravio
para las mesillas esa
comparación. Fué de Octavio
biznieta, hermana de Augusto
y, si á toda su familia
queréis conocer por gusto,
diré que fué hija de Emilia
Lépida y de Mesalino,
y esposa del infeliz
Claudio que, al fin, perdió el tino
con tanto y tanto deslíz
como tuvo su mujer
pernoctando en los cuarteles

y haciéndole al pobre hacer
bastantes malos papeles;
y un día á la esposa infiel
le dijo: «¡Márchate al cuerno!»
sin ver que tenía él
para adornar un infierno...

Por haber sido una *golfa*
desde su edad juvenil,
Juvenal la puso en solfa
con su sátira viril;
porque los poetas buenos
—y hasta los poetas malos,
¡ay!...—no las gastaban menos,
y la trataban á palos,

por más que la tal *señora*
fuese de estirpe real...
¡Cualquiera se atreve ahora
á hacer lo que Juvenal!

Golfa que iba á los cuarteles,
pero no en busca de rancho,
sino de humanos *gabrieles*...
y le venía muy ancho...
(Digo yo que así sería.)
Con los soldados hacía
—aun siendo una emperatriz—
¡lo que hoy una meretriz
á hacer no se atrevería!...

Carlos MIRANDA

MI PARÁCLETO



Yo no sé, señor marqués de Vadillo, flamante gobernador de esta insula madrileña, si en las ponciles atribuciones de su cargo hay amplitud bastante para que un hombre de buena voluntad haga la obra de misericordia que toda razón y justicia piden á voces en este desconcertado Madrid. Y eso que la mayor gloria de un gobernador madrileño estaría en dejarse de meter en cintura á los grandes, que ¡ay, por nuestra desdicha!, hartos mansos y dóciles somos, y dedicarse á ser el gobernador de los niños, de los ciudadanos del mañana, y, que, por todas las trazas, serán mucho peores que nosotros. No hay ciudad en España donde la chiquillería esté

más libremente entregada á la independencia de sus instintos, más abandonada y olvidada de las clases directoras y de las autoridades, en mayores riesgos su vida, en más peligrosos contagios inmorales su inteligencia. Como en Madrid el pueblo, y aun la clase media, vive en tugurios, «quitarse los hijos de encima», ahuyentándolos de la casa, echándolos á la calle para que respiren, es una prueba de cariño maternal. Y la calle madrileña es escuela de groserías. Así el niño no cobra amor al hogar; así en las clases bajas nace la golfería y en la aburguesada el señoritismo holgazán y aventurero.

Además, en Madrid, hay una escuela del vicio y del crimen, no sólo conocida de todo el mundo y amparada un poco ilegalmente por la misma ley, sino provista de alumnos con paradójico celo por nuestras mismas autoridades. Esta escuela es la quincena disciplinaria ó correccional que se impone á los vagabundos, sin reparar en su edad, con pretexto de blasfemia. Y allá en la escuela, en el *Patio de los Micos* de la Cárcel Modelo, se dan lecciones de toda degradación y toda corrupción.

Las quincenas debieran padecerlas los padres de esos niños entregados á la mala vida. No debería haber misericordia ni caridad con ellos, ni debería valerles ningún género de excusas, ni se atropellaría de tal modo su libertad ciudadana, porque quien no es capaz de educar y corregir á sus hijos, no tiene derecho á engendrarlos.

La culpa no es de los niños, sino de las autoridades, de los caseros y de los padres. La puericultura exige, ante todo, que el niño encuentre los lugares donde vive y donde ha de educarse, sanos, amenos y alegres. ¿Dónde están la sanidad, la amenidad y la alegría de los locales destinados á escuelas en Madrid, y de los sótanos, buhardillas y tugurios, donde se tolera que viva, sin luz y sin aire, nuestro pueblo? Pretender que la chiquillería tenga la virtud de preferir esta escuela rígida y monótona, y este hogar lóbrego y pestilente, á la calle libre, llena de color, de luz, de movimiento, de variedad y alegría, es absurdo.

Sería inútil que las autoridades creyeran limitada su acción á crear escuelas. La escuela no es nada, si el tugurio paternal no se transforma; no es nada si perdura el riesgo de corrupción de la quincena; no es nada si no es antesala del taller; no es nada si no se crea un reformatorio infantil para los casos de perdición extrema. Y todo ello será inútil si brutalmente, agresivamente, no se obliga á los padres á rendirse al cumplimiento de su deber social.

Porque, ya veis la ineficacia de las leyes. Hay una ley de trabajo de los niños; hay otra ley de enseñanza obligatoria; y hay un admirable, y ya olvidado, decreto

de protección á los niños. Y no sólo es inútil todo ello, sino que tal es la gravedad del caso que no basta ya la protección social del niño, sino que en Madrid hay que emprender la obra de su salvación física y su salvación intelectual. ¡Si un gobernador quisiera!... Debiera entonces rodearse, no de damiselas encopetadas que sienten conmiseración por los que ya no tienen remedio, por los mocetones perdidos y las mozuelas deshonoradas, sino de hombres de saber y cultura, médicos, abogados y escritores, que aman á la infancia, no por desvalida, sino porque ella es el porvenir y el mañana; de hombres que procedieran, no por sentimentalismo, sino por una visión clara y fuerte del deber social; y rodeado de ellos, amparándose en su autoridad, dejando á un lado la ley escrita, violándola cuando fuera preciso, emprender una campaña, rápida y enérgica y aun cruel, contra el tugurio, contra la escuela oscura, contra el vagabundo, contra el casero y contra el padre y contra la celestina...

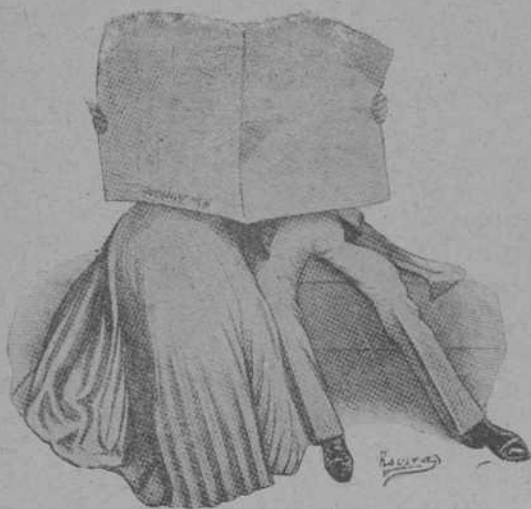
¿Cree el marqués del Vadillo que en ningún otro esfuerzo se puede ganar más gloria ni prestar más heroico servicio al país? Y

... si hay un Dios tras esa altura,
por donde los astros van...

¿cree el marqués del Vadillo que nadie puede ascender hasta sus plantas, ni anacoretas, ni teólogos, ni monjas pedidoras, ni frailes absorbedores, ni rezadores impenitentes, ni pecadores arrepentidos, con mayor derecho que aquel que pueda decir: «Señor: he aquí los niños que he salvado de la muerte y de la infamia»?

Dionisio PÉREZ.

DESCIFRANDO UNA CHARADA



Apretando él el registro
ha sacado la charada.
Es la solución *Besada*,
apellido de un ministro.

DE LOS LENTES



—Yo jamás abandono mis
anteojos.
—¿Te acuestas con ellos?
—Siempre.

—¿Cómo es eso?
—Porque no podría, sin
anteojos, distinguir la noche
del día.

HOMBRES Y PERROS



¡QUÉ mujer tan perral! — «Fulano me ha hecho una perrada.»

Estas son frases de uso corriente que pintan el colmo de la maldad y el desideratum de una mala acción; y esto decimos los hombres con gran seguridad de juicio después de leer en la prensa el crimen impune de Solei-

lland, una serie inacabable de atentados contra niñas y el bello gesto de Robert, ese padre que porque su mujer se niega á reunirse con él cogé de las manitas á sus dos pequeñuelos, los pasea un buen día de sol por las fortificaciones de París y los arroja á un foso de agua y lodo, de donde no han vuelto á salir, no sin haber guiado antes sus manecitas para escribir una carta que dice: «Nosotros hubiéramos querido mucho á nuestra mamá si ella se viniere á vivir con papá, ella es la que nos obliga á morir, y de aquí en adelante no verá más que fantasmas.»

Sería más justo, cuando un perro hace alguna barbaridad, decir: «Ese perro ha hecho una hombrada», porque los canes no suelen trasponer los linderos del respeto á la humanidad, y si hay perros policías, perros aduaneros, perros de guerra y aun perrosmerodeadores, no los hay asesinos sino cuando rabian, y rabian una sola vez en su vida, mientras que hay hombres que se pasan la vida rabiando y mujeres que viven haciendo rabiarse á las demás.

Dijo un escritor alemán que cuando Francia toca el violín, bailan todas las naciones del Continente; para indicar que todos copiamos las costumbres francesas. Por fortuna, esa costumbre de matar niños es poco copiada, y la de indultar á los asesinos no tiene tampoco muchos imitadores. A ese son no dan ganas de bailar.

Coincidiendo con esa racha de inexplicables perversiones, Pierre Mille, un escritor viajero, averguenza á la humanidad describiendo el mundo perruno que vive libre y autónomo en Constantinopla. 60.000 perros acatando leyes que no están escritas en ningún Código son un argumento que ennoblece una raza sobre la de los Soleilland y los Robert. He aquí algunos artículos de ese Código observados de visu por el viajero:

Mientras una perra cría á sus cachorros toda la calle es suya para buscar su comida; una vez educados los pequeños, ella no tiene ya el pretexto de su sexo y se la puede dar un mordisco como á cualquier varón con rabo; es el único feminismo canino.

A un hueso, á una corteza que caiga en la calle, todos los perros tienen igual derecho y pueden batirse para conquistarlo; pero en cuanto lo cogé alguno con sus dientes, ya es una propiedad segura; disputar la presa sería un robo.

Únicamente lo que está en el suelo, tirado, ó lo que el hombre da voluntariamente, puede ser comido por los perros turcos; ellos respetan todo lo demás. En invierno mueren de hambre y frío 60 ó 80 perros diarios; se ve á los moribundos mirar con ojos tristes las tiendas de los carniceros: ni una sola vez surgió entre los famélicos un mal «Pernales», ni siquiera un «Vivillo».

Divulgada esta moral, es ya una bella cualidad tener corazón de perro. El bozal es un insulto á la raza, un

invento aplicable con más fruto al género oratorio, que es el super-género humano.

Pero también el perro, como el hombre, es altivo y desdenguado, dos defectos que no son comunes, pero existen. Una anécdota verídica dará fe.

Había en un regimiento varios perros sin dueño conocido ni casta definida; todos tenían nombres célebres, *Krüger*, *Moltke*, *Sagasta*; uno entre ellos, el único cazador y de buena raza, estaba sin bautizar.

Un día, el coronel, que no era precisamente un San Huberto en la destreza, salió con otros oficiales á tirar unos tiros, y el perro echó tras ellos prometiéndose una buena jornada. Colocóse el animalito junto al coronel.

Saltó una pieza, el coronel erró el tiro, y el perro, que se había lanzado ya á recogerla, volvió á su puesto mirando fijamente al cazador.

Salió otro conejo, erró el tiro el coronel, y el perro ya no se lanzó á correr, pero movió la cola simbólicamente.

Surgió otro gazapo, volvió el tirador á errar y el perro se aproximó al coronel, alzó la pata y... no sé si me habré hecho comprender.

Desde aquel día, el perro sin bautizar tuvo nombre: se le puso el de una primera figura de nuestra política, que goza fama de desdenguado, olímpico y altivo. No sé si me habré hecho comprender.

Luis BERMUDEZ DE CASTRO.

Julia es una mujer soberbia que se distingue mucho más por su belleza que por las dotes de su ingenio.

Hablando de la enfermedad de una pequeña, hija de su más íntima amiga, exclama:

— ¡Estoy acongojada! ¡No sé qué va á ser de esa niña!

— Pero ¿tan grave está? — le preguntan.

— Como que tiene meningitis, y es una enfermedad cruel que á los pocos que les perdona la vida los deja locos ó idiotas.

Y después, agrega melancólicamente:

— Por desgracia, conozco bien esa terrible dolencia; yo misma la padecí de muchacha.

LA POLICIA



Un retazo de las reformas de Lacierva.

IRONIAS

CRONIQULLA

Voltaire, Enrique Heine, Eça de Queiroz, Anatolio France... ninguno de los profesores soberanos del humorismo y de la ironía, puede compararse con la Naturaleza, maestra portentosa en las artes clownescas de revolver lo que parecía mejor ordenado. A ratos, de lo más cómico, surge una flor trágica, tristemente grotesca, como la agonía del borracho vestido de Arlequín que asesinasen á la salida de un baile de máscaras; y á veces también, y con harta frecuencia, hay situaciones terribles que se desenlazan en una carcajada, regocijo macabro, frío como la risa de las calaveras. Y así siempre. En vano los acontecimientos parecen marchar concatenados y apercebidos á un fin, lógicamente, cual si derivasen unos tras otros por la misma pendiente. De pronto, todo cambia, un viento de locura ahuyenta aquellas «probabilidades» sobre que funda sus cábalas nuestro flaco criterio, y al fin viene á suceder lo opuesto precisamente de cuanto esperábamos. Pensando en esto envidio á los árabes, á los siervos de Aláh, sabios y bellos en la aristocrática ecuanimidad de su fatalismo, para quienes la vida, con todas sus mutaciones, es la convulsión alternativamente burlesca ó dramática de una paradoja que se retuerce bajo el sol.

En apoyo de mi aserto llega el telégrafo anunciándonos la muerte del marqués de Caldica. El marqués de Caldica, caballero italiano muy conocido en el «mundo galante» de Roma, acaba de suicidarse en un modesto hotel de Montpellier y en circunstancias perfectamente novelescas. ¿Por qué?

Pablo N., marqués de Caldica, se había arruinado estúpidamente por cierta bailarina francesa, una «diabólica» que, después de reír como una loca metida en un baño de *champagne*, lloraba con Verlaine sobre las pobres hojas secas que alfombraban los caminos.

Cuando Berta derritió el último «luis» del marqués, cerró su maleta y regresó á París. Allí la existencia le fué hostil: sus buenos amigos de otros tiempos veraneaban en Trouville ó en Dieppe; la mayor parte de los cafés-conciertos estaban cerrados, no había contratas...

En situación tan angustiada, Berta escribió al marqués de Caldica una carta, dos... muchas... Cartas largas, redactadas en ese estilo persuasivo y ardiente con que habla la miseria; y, transida de sincero quebranto, le pedía un poco de indulgencia para su ingratitud y un poco de dinero para su miseria.

Ninguna de estas cartas obtuvo respuesta. El marqués las leía, las leía atentamente, y luego alzabase de hombros. No tenía dinero; el dueño del hotel donde habitaba le había despedido; sin rentas, sin crédito y sin medios de proporcionarse una ocupación lucrativa, la vida, en poco tiempo, llegó á ser para él problema insoluble, reducto inconquistable.

Repentinamente, las cartas de Berta cesaron ¿Por qué? Pablo pensó: «Si mi silencio no la ha ofendido, ¿es

que me ha olvidado?» El brusco retraimiento de aquella mujer, á quien, á pesar de todo lo ocurrido, seguía amando entrañablemente, agotó la poca resignación que aún le quedaba al marqués. Entonces, la idea del suicidio le acarició. Era preciso concluir. Un revólver es una especie de llave de la otra vida, una puerta entornada...

Discurriendo así, su desesperación otorgó á su esperanza un plazo brevísimo: «Si mañana Berta no me escribe—pensó—me mataré...»

El marqués ignoraba que Berta no le escribía porque era dichosa. La joven tenía un protector nuevo: un brasileño joven, irreflexivo, multimillonario, que en menos de seis meses la había regalado cien mil francos en joyas y muebles...

Y una noche, una noche en que era muy feliz porque había bebido mucho *champagne*, Berta se acordó de que Pablo, que tan generoso fué para ella, estaba en la miseria. «Quizás no tenga que comer»—pensó. Y luego: «Si yo le enviase cinco mil francos, no haría nada de más. Bien considerada, mi generosidad no pasaría de ser una restitución.»

Bajo el influjo del *champagne*, su noble corazón ardía en llamas de bondad. Empezó á escribir: «Amado mío: Me apresuro á remitirte esos doscientos cincuenta «luis»... Y como ya amanecía, ella misma llevó la carta al correo

Cuando esta carta llegó á Montpellier, el marqués, que aún no se había levantado, porque era temprano, acababa de engrasar su revólver: lo manejaba lentamente, cariñosamente, con esa voluptuosidad que los suicidas elegantes sienten ante la muerte. Llamaron á la puerta.

—¿Quién?

—Un certificado.

Pablo examinó el sobre. «Es de Berta», — pensó. Y se dispuso á abrirlo, porque un momento el instinto cobarde de vivir reanimó su corazón. Pero en el acto cambió de parecer. La circunstancia de venir la carta certificada le contuvo. Sin duda, Berta continuaba pidiéndole dinero y había certificado su carta para mejor obligarle á contestar. El marqués alzóse de hombros: estaba vencido. ¿Para qué leer?... Lo que ella pudiera decirle él lo lo sabía de memoria. Además, aquel era un día negro: no tenía dónde almorzar.

Entonces, rompió la carta en menudos pedazos, llevóse con un movimiento pausado y seguro el revólver á la sien, despidióse mentalmente de muchas cosas... y disparó.

Y sobre la alegre sinfonía de su vida, cayó un gran silencio...

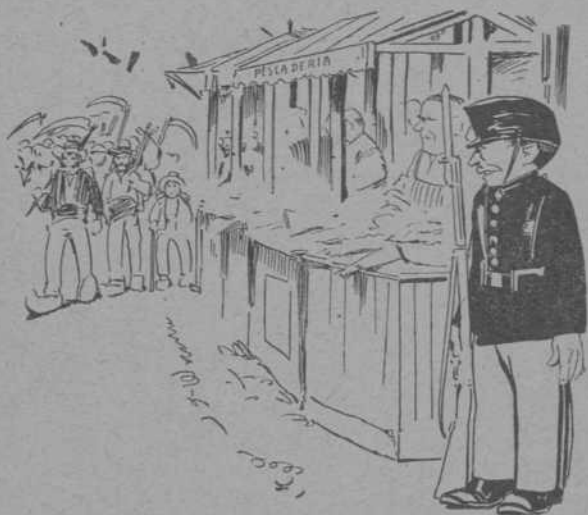
* * *

¿Cabe imaginar nada más siniestramente irónico que ese gesto con que el suicida despedazó el sobre donde venía su salvación? ¿Por qué Berta tardó tanto en escribir? ¿Por qué su carta no llegó á las manos desesperadas del marqués veinticuatro horas antes?...

Y es que en este bajo mundo «nada llega á tiempo». La vida, lector, toda la vida, es una gran mueca.

Eduardo ZAMACOIS

LAS ORDENANZAS GRÁFICAS, por Karikato.



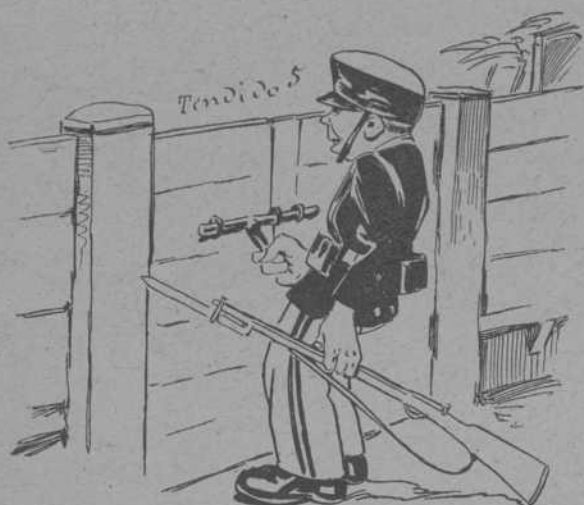
Artículo 42.—Si estando en la puerta de una plaza viere venir alguna tropa armada ó pelotón de gente, llamará luego á su cabo.



Y á proporción que se acercare continuará su aviso;



y en el caso que el cabo no le haya oído,



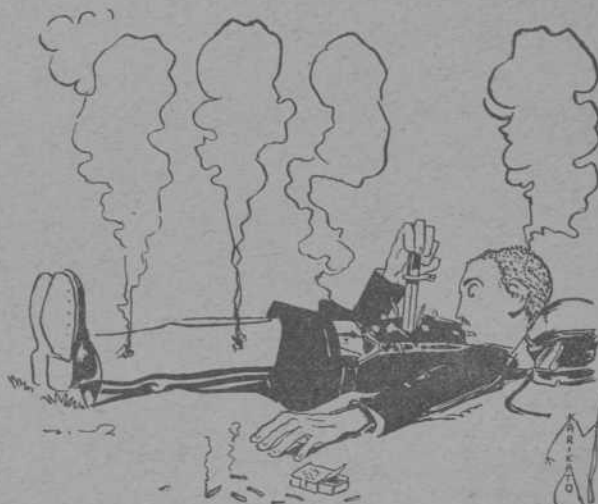
ó que la celeridad de los que se acercan no le haya dado tiempo para acudir, la misma centinela cerrará la barrera



ó puerta si la hubiere; mandará hacer alto y si en desprecio de este aviso, pasasen adelante,



defenderá su puesto con fuego y bayoneta



hasta perder la vida.

LAS NIÑAS DE RECOLETOS

El verano está dando las boqueadas y se disponen á levantar el campo los que en las noches de Agosto y Septiembre han buscado un refugio contra el hastío y el calor entre la arboleda de Recoletos.

Allí, sentados en las balanceantes sillas de hierro, podían dejar que el pensamiento, libre de trabas, vagase por playas y balnearios logrando el acomodo de la fantasía, ya que no los placeres de la realidad. La atmósfera polvorienta, fingía nieblas; las ráfagas de aire caldeado, brisa marina; los focos blancos de la luz eléctrica, medio ocultos por el ramaje, faros de una costa abrupta sembrada de escollos inquietantes. Y en medio de todo, el voluptuoso agitar de las faldas blancas, el provocativo brillo de ojos irradiando deseos, el musical parloteo de las bocas femeniles, desgranando notas cálidas como quejas de almas solitarias ansiosas de incorporarse.

Pero se acerca Octubre. Sus noches frías arrojan de la enramada á los pájaros. Las sillas del paseo muestran sus desnudeces esqueléticas. Las notas alegres han espirado en los estuches rojos de las bocas apasionadas.

Las niñas de Recoletos han ido á refugiarse en sus hogares. Unas con un novio más; otras con una ilusión menos.

Juanita sacó novio como quien saca ánima con mucho trabajo. El muchacho *iba*, como él dice, para boticario. Estaba en el primer año, y en cuanto acabase la carrera se proponía establecerse por su cuenta y riesgo. Después, Dios y los parroquianos dirían.

—¿Pero es que no piensa usted casarse hasta dentro de cuatro ó cinco años? —le preguntó la mamá de Juanita.

—Naturalmente, y eso si pinta bien; porque si pinta mal... ya ve usted...

—Hombre, pues dedíquese usted á otra cosa de más inmediata y segura utilidad—, le aconsejó por su bien la futura suegra.

—No encuentro ninguna.

—Con el dinero que usted se gasta en la carrera y el que tiene que invertir en la botica, puede usted hacerse concejal ó diputado y arrimarse mucho á Maura... Malo ha de ser que arrimándose mucho no le toque á usted algo.

—¿Pero usted cree que Maura me haría caso?—preguntó con desconfianza el joven.

—No lo dude—replicó la suegra.—El señor de Maura es muy campechano, ahí donde usted le ve. En cierta ocasión le pedí un destino para el novio de mi criada y me contestó muy atentamente.

—¿Concediéndoselo?

—No, señor, diciéndome que sentía con toda el alma no poder complacerme.

—Entonces...

—Es que yo no apreté, que si aprieto saco del señor Maura lo que hubiese querido.

—No cabe duda...

—Todo estriba en eso, en apretar.

—Aprieta, Rudesindo, aprieta—, indicó la novia.

—Pero... ahora...—exclamó el joven en voz baja.

Juanita se puso un poco colorada y miró á su madre.

La buena señora está entusiasmada con su idea luminosa y á todo trance quiere hacer de Rudesindo un padre de la patria, aunque ella sea abuela.

No se sabe si lo conseguirá interponiendo su influencia con el presidente del Consejo.

Ayer la vi sentada á la puerta de la casa de Maura, haciendo crochet para distraerse mientras la recibe el jefe del Gobierno.

Y tiene tanta fe en su causa, que piensa sacar el acta para su futuro yerno antes que termine la colcha de crochet que ha prometido á su hija como regalo de boda.

En cambio, ¡cuánto temor reina en casa de Doña Ciriaca, la viuda de Perniles!

Su hija Heliadora había conquistado en Recoletos al irresistible Gómez, y ahora resulta que es de esos de la policía y está á dos dedos de Lacierva, es decir de la cesantía.

En aquella casa nadie duerme ni sosiega. Gómez y Heliadora suspiran.

Doña Ciriaca amenaza con el puño de vez en cuando al fantasma del ministro de la Gobernación, que se le aparece casi todas las noches entre ocho y nueve, á la hora de la comida, como diciendo: «De esos garbanzos no pasarás.»

La criada, que ya andaba mal, se ha puesto peor de tanto atizar el hornillo para preparar tila.

En cuanto aparece Gómez le miran madre é hija de un modo profundo, sondeando sus pensamientos.

—Todavía no me han mandado la cesantía—, dice Gómez con acento amargo y ojos mortecinos.

Y con tantas tribulaciones Heliadora adelgaza todavía más, hasta el extremo de que se le caen las medias, el corsé monta por detrás un centímetro cada día y los añadidos le vienen largos.

Doña Ciriaca, que era de color naturalmente verde, se ha vuelto amarilla. Ella cree que es de ictericia, y se pasa el día viendo correr el agua de la fuente de la cocina, y pensando si se la cortará Sánchez Toca con eso que él ha inventado del caño abierto.

Entre tanto, Gómez busca recomendaciones para Lacierva, y se propone recoger muchas firmas de la huerta de Murcia, que es el terreno más firme en que puede colocarse, á fin de que le respeten en su cargo.

En tal caso depositará su credencial y su inamovilidad á los pies de su adorada Heliadora y volverá á poner verde á Doña Ciriaca.

En cuanto á las niñas que perdieron una ilusión este verano en Recoletos ¡quién sabe si la verán trocada en realidad durante el invierno, sin polvo ni calor, en cualquier café con música, ó en cualquier teatro por horas!

Y si transcurriese también el invierno y no hallaran satisfacción sus aspiraciones á la luna de miel del matrimonio, consuélense con la esperanza, que es la luna de miel de la vida.

R. Hernández BERMUDEZ.

LA ORACIÓN DE LA TIPLE

(BAGATELA)

En la corte celestial.

SAN PEDRO. (A Jesucristo.) Señor... (Con toda la humedad posible en un viejo un poco vehemente.) Señor, ¿no me escuchas?

JESUCRISTO.—Habla, Pedro...

SAN PEDRO.—Señor, perdona á tu siervo, que osa hacerte una recomendación...

JESUCRISTO.—Habla sin rodeos, Pedro. Te escucho con complacencia...

SAN PEDRO.—Dirige tus piadosos ojos hacia Madrid...

JESUCRISTO. (Un poco mohino.) ¿Al país de la sicalipsis? (Mira á Madrid.)

SAN PEDRO.—Sí, Señor... (Mira hacia la calle de la Montera á la capilla que llaman del Cristo de los Cómicos...)

JESUCRISTO.—Miro y oigo.

SAN PEDRO.—Y una muchacha joven, esbelta, en cuyas graciosas formas se ve la huella de tu divino cincel de escultor inimitable, de pelo castaño, ojos garzos y picaruelos, nariz aguileña...

JESUCRISTO.—Sí. (Poniéndose muy serio.) Es Petrilla Flores, una tiple de género chico muy descocada... No merece mi atención mientras no deje de pecar y de hacer pecadores...

SAN PEDRO.—Señor, me ha tomado por intercesor suyo y yo te ruego que la escuches benévolo, aunque luego no la complazcas, si no la crees digna...



JESUCRISTO. Por ser cosa tuya, la oiré... (Dirige la vista á este mundo de perdición y ve á

LA TIPLE. (Arrodiada sensualmente en el blando almohadón de terciopelo rojo de un elegante reclinatorio, á la entrada de una capilla.) Por la señal de la Santa Cruz... (Describiendo con la mano, sobre su carita gitana una docena de garabatos nerviosos, rematados con una santiaguada de oreja á oreja.) Señor mío Jesucristo... Sólo por

ser vos quien sois... (Arreglándose el pelo de la nuca.) Pésame, Señor; pésame, Señor... (De pronto, observa que no se ha dado los golpes de pecho, y quiere comenzar de nuevo la oración, pero se equivoca y empieza el Confiteor Deo, traducido al castellano.) Yo me confieso á Dios... (Reza de prisa, muy de prisa, atropellando y destrozando los vocablos.)

SAN PEDRO.—(Aparte) Como rece así, ni Dios va á entenderla

LA TIPLE. (Dándose en el pecho con la mano, que mueve suavemente y á compás, como si diese lección de solfeo.) Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa...

JESUCRISTO.—Yo no la entiendo... Creo que dice que por su culpa ha pecado mucha gente...

LA TIPLE. (Terminada la degollación de unas cuantas oraciones hechas con muy buena fe, comienza á pedir, pronunciando muy claramente las palabras, al revés

que cuando rezaba.) Señor, concédeme que en esta temporada guste yo mucho más que en la anterior. Que metan dentro, de un pateo, á la nueva tiple y que ella no guste nada. Que el público se ponga loquito por mí... Que me den papeles de mucho lucimiento. Que el tenor se olvide de aquéllo (poniéndose colorada) y comprenda que es muy poca cosa para mí... Que el tío aquél de la última temporada acabe de colarse, y si no se cuele él que se cuelen otros tios con mucha guita... (Creyendo que esta palabra no será entendida en el cielo, rectifica.) Que me salgan muchos señores un poco tontos y con mucho dinero dispuestos á casarse, y que se casen conmigo... ¡vamos! que se case uno solo... decidido á ser empresario de un teatro, en el que sea yo ama de todo y de todos y en donde pueda elegir los papeles más á propósito para lucir yo todo lo que tú me diste...

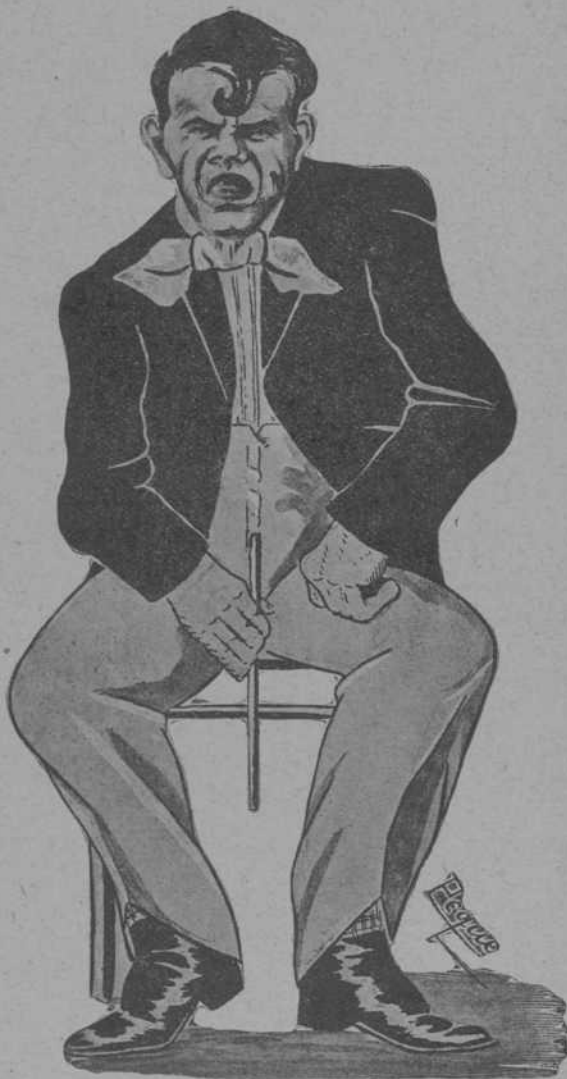
JESUCRISTO.—Yo no escucho más.. Esa mujer está pidiéndome su perdición y la de los espectadores.. con lo aficionada que es á la sicalipsis..

SAN PEDRO.—Concédele siquiera algo de lo que te pide.. Tú dijiste á los mortales: «Pedid y recibiréis.»

JESUCRISTO.—Es muy distinto. Yo les dije que pidiesen, pero no que pidiesen disparates..

El Bachiller CORCHUELO.

CANTE JONDO



No os extrañéis, no, que ponga la cara triste er compare. Er probe, cantando dise que ze l'ha muerto zu mare.

HOJA COMICO-POLITICA

POLITIQUEO

¡Agua val!

La semana que acaba de transcurrir nos ha traído una regular edición del diluvio con sus cadáveres arrastrados, sus hombres trepando á las rejas y á las torres, faltando solamente el arca de salvación tripulada por el Noé avisado de Dios.

Málaga la bella fué la mayor víctima de los desahogos celestes, siguiéndole Valencia, el florido vergel del Turia.

El Gobierno escasea los recursos, alegando el agotamiento del «fondo de calamidades», mientras las provincias desoladas forman cálculos de lo que pueden esperar de tantas «calamidades sin fondo» como sostiene el país.

Cuatro cuartos de crédito extraordinario, sacado á golpe de fórceps, cubrirán el expediente, quedando allá sin alivio el llanto y la miseria...

**

Eso de la desgravación de los vinos es otro chubasco que ha sentado al Ayuntamiento de Madrid como un Lacierva disparado á boca de jarro sobre los cuitados polizontes.

Y acabarán mal Sánchez de Toca y Osmá, invocando éste la libertad del *peleón*, pretendiendo aquél rendirlo permanentemente á las cadenas del impuesto.

La ingenuidad liliál del ministro de Hacienda hace frente á los repliegues administrativos del alcalde, y es fácil que el gallo inglés y la cigüeña edil proporcionen al señor Maura el disgusto otoñal de rúbrica.

**

Así da gusto.

Ni sociólogos, ni voluntades altruistas, ni

LA PRESTACION PERSONAL, por Tovar.



TOCA.—Este Osmá me ha resultado un vago de siete suelas.

perinclitos reformadores, dieron en el clavo de suprimir la vagancia, hasta que el señor Toca, demostrando que tiene borlas, solucionó el asunto, reverdeciendo los marchitos laureles de la prestación personal.

**

Los «golfos» trabajan, pero protestan de la desigualdad de los ciudadanos ante la ley.

—Muy bien— dicen ellos— que no cojan la pala ni el pico, ni el azadón, Maura, Allende, Rodríguez Sampedro y los demás compañeros de breva ministerial; al fin y al cabo desempeñan el *oficio* de sacar virutas políticas de la buena madera del pueblo, fabricando altares de ídolos mejores ó peores; pero que Dávila, pongamos por *desacupao*, se salga de vacío, es cosa que bate las carnes á *cualquiera*.

**

Lo de Marruecos está á punto de arreglarse.

Cuenta el telégrafo que los moros se entregan convencidos de la inutilidad de su esfuerzo.

De las moras no hablan nada los despachos, y sería lástima que las tropas francesas y españolas volvieran á sus patrios lares sin sondear el deseo de las hembras africanas.

Estaría gracioso que después de afirmada la paz mediante el ofrecimiento de sumisión de los descendientes del Profeta, se levantaran las fogosas hijas de Alah, protestando de no haber sido consultadas para la entrega.

Es cuestión muy importante que deben tener en cuenta Drude y Santa Olalla.

Yo, por mi ánima que no tornaba sin dejar bien terminado ese punto con las parientas de Chahouna...

Gonzalo DE QUIRÓS.

EL HABLAR DE LOS OJOS

—¿Conque la quieres tanto?

—Mucho, Padre Darío.

¡Cuántas veces por ella vierto llanto
si noto que un amor, que no es el mío,
hace latir su corazón hermoso...!

¡Si tuviera otro amante!

—¡Noto que eres celoso
y no va á haber ninguna que te aguante!

—¡Ay, padre, escúcheme!

—Si ya te escucho.

—¡El que no tiene celos no ama mucho!

Solamente deseo

que esa mujer, que causa mi locura,
ante el altar glorioso de Himeneo
pronuncie el sí, labrando mi ventura.

¿Qué quiere que le diga?

¡Seré yo el más feliz de los nacidos
el día en que ella y yo estemos unidos
y usted, Padre Darío, nos bendiga!

—Pero... noto una cosa:

noto que á esa muchacha primorosa
no la has hablado nunca...

—¡Sí!

—¡Por Cristo,

pues si es que la has hablado... no lo he visto!

—Jamás veo mover sus labios rojos
cuando estoy de ella enfrente;

pero sé lo que quiere y lo que siente,
pues todo me lo dice con los ojos.

Cuando me mira siento un calorcillo
que me deja abrasado.

¡El hablar de los ojos, lo he notado,
es bastante más dulce y más sencillo!

Con los ojos la digo que la quiero,
y ella á mi me contesta de igual modo;

con los ojos la digo que me muero
como rechace mi pasión ardiente;

y con los ojos se lo digo todo,
todo absolutamente.

Y... cambiando de asunto:

tengo una duda sobre cierto punto.

—Explicáte.

—Jacinta, la portera,

le pagó ayer tres misas, según creo,
para que hoy las dijera;

pero hoy, por lo que veo,

no ha dicho usted más que un...

—Y ya he cumplido

todo lo prometido.

¿Dijiste, hablando de unos labios rojos
(y también lo aseguran muchos sabios),

que más dicen los ojos que los labios?...

Pues las otras... ¡las dije con los ojos!

José RODAO

LA RAZON DEL DERECHO

(ARTÍCULO DE FE)

He recibido ochenta y tres cartas y más de doscientas tarjetas postales artísticas, suscritas unas y otras por otros tantos lectores asiduos míos—obsérvese que soy modesto, y no digo admiradores—, excitándome á que haga pública mi opinión respecto á la hora en que deben terminarse las funciones de los teatros.

¡Mi opinión, ejem, ejem!

¿Cómo me piden esas multitudes mi opinión? ¿Piden mi opinión como hombre gubernamental, como hombre alemán afrancesado con la cabeza á la inglesa, ó bien me la piden como persona interesada en los beneficios pecuniarios que produce el teatro en todas sus manifestaciones, ó bien como público?

Estos son los tres términos principales del problema que se me brinda á responder, á dilucidar. Yo en esto soy como «Azorín»: me gusta exponer los fundamentos de las cuestiones filosófico-sociales para su mejor comprensión con claridad meridiana, con diafanidad diamantina, con transparencias de escaparate.

Voy, pues, á dar mi opinión autorizada desde los tres puntos de vista.

Como gubernamental, creo á pies juntillas que las funciones de los teatros deben terminarse, lo más tarde, á las diez y veinte minutos; como empresario, autor, cómico, revendedor ó accionista de la Compañía de electricidad, creo que deben terminarse poco antes del

amanecer, y como público, vamos, como espectador, en tiendo que pueden hacer las dos entidades beligerantes lo que les dé la real gana

Para mí no hay más ley, ni más ordenanza, ni más disposición humana que me meta en el lecho del descanso, que el sueño.

Lo mismo me da que los franceses se acuesten á las doce, como que los ingleses se acuesten á las diez, como que los alemanes se acuesten á las ocho, como que no se acuesten; yo me acuesto, generalmente, de cinco á seis de la madrugada, porque es la hora en que me entra el sueño; pero si algún día tengo ganas de dormir á las seis de la tarde, pues me acuesto á las seis, sin fijarme en que puedo provocar un conflicto internacional, porque trato de alterar las costumbres europeas, asiáticas, americanas, africanas ú oceánicas.

No hay mayor castigo para el ser humano que acosarle antes de que tenga sueño; por eso los padres crueles castigan á los niños traviesos mandándoles á la cama.

Supongamos que se anuncia en el Teatro Español la representación de *La Divina Comedia*—caso de que fuera comedia; la cito por el hecho de ser divina—puesta en escena por el Dante y ejecutada por Talma y Esclavina, que han sido el actor y la actriz de más atracción, y sobre todo de más abrigo, aunque no tanto como el sobretodo; supongamos también que el gobernador civil toleraba que el espectáculo empezase y terminase cuando la empresa quisiera... Pues bien: como todo este ideal se realizase en uno de esos días en que á mí me acomete el sueño tempranito, me acostaba para dormir

y no iba al Español, aunque me dieran la butaca regalada y chocolate con torta de Alcázar á la salida.

Es de advertir que no me gusta el chocolate de ninguna manera y con torta de Alcázar mucho menos; pero aunque me gustase más que la Pardo Bazán, que es una de las cosas que más me gustan, yo aseguro que, como tuviera sueño, no iba.

En cambio, me ha ocurrido ir al Circo de Parish sin pizca de sueño, y quedarme dormido á la mitad de la función de títeres; es verdad que yo asistía únicamente por presenciar la lucha sensacional de un domador de leones, tigres, osos y panteras, con uno de los osos, hermoso ejemplar de la Naturaleza.

El domador se vestía una zamarra metálica forrada de cuero para pelearse á brazo partido con el oso.

—¡Esto sí que es divertido!—me decía mi adlátere, á quien yo no conocía, mientras el oso tiraba fieras zarpadas al domador.

—Pues yo no veo el mérito de la lucha—le repuse.

—¿Sería usted capaz de hacerlo?—me preguntó.

—¡Ya lo creo! Pero sin la zamarra.

—¡Sin la zamarra!

—Sin la zamarra, sí, señor. Poniéndome un parche poroso.

—¿Y qué influencia tienen los parches porosos?

—Ninguna... Porque lo que digo, es, que eso lo haría yo poniéndome en lugar del oso un parche.

Esto lo cuento á propósito de que para lo que hay que ver en esos espectáculos públicos, lo mismo da verlo antes que después de la una de la madrugada. Esto por lo que atañe al público.

Por lo que atañe á las empresas, dados los negocios

que hacen, lo mismo les debe dar cerrar á las doce y media que no abrir...

Y por lo que toca á la moral y buenas costumbres, las personas que no puedan estar en el teatro después de las doce y media, por prohibirlo la autoridad, y sean trasnochadoras, pueden estar en doce ó catorce diversiones más pecaminosas y perjudiciales.

De modo que quedamos en que todos tienen razón. Así contesto á mis adorables admiradoras y á mis cultísimos lectores.

Y para otra vez les ruego que me manden cada uno un sello de quince para contestar.

Félix MENDEZ.

LAS ADORABLES MUJERES...

Max O'Rell es un escritor francés que ha publicado un libro que trata del sexo femenino: *¡Mujer, adorable mujer!* es el título de la obra, que no es más que una charla amenísima que tiene el autor con sus lectores.

«No hay mejor sastre que el que conoce el paño», dice la frase popular, y Max O'Rell, que es francés, debe saber muy bien de qué pie cojean y qué puntos calzan las francesas.

Dice en una de las páginas de su libro que si la bigamia ó la poligamia estuviera aceptada ante la ley, él elegiría una mujer inglesa para que fuera su esposa, la reina del hogar, y una francesa para fomentar sus aficiones artísticas...

INFORMACIÓN TEATRAL

HABLANDO CON EL BOMBERO...

La *interview* de hoy será breve, pero emocionante: verificóse el otro día en el Gran Teatro y durante la exhibición de los famosos tigres de Bengala que se ha traído Mr. Henrickens, para acabar con los nervios de los espectadores que asisten al teatro mencionado.

—Hola, amigo, ¿cómo andamos de emociones?

—Me alegro de que venga usted á distraerme; porque este tío con sus atrocidades me tiene loco, hasta el punto de que por las noches me despierto disparando tiros.. de revólver á diestro y siniestro, y creyéndome que estoy en los bosques de la India.

—Bueno, pues hablemos de teatros y de compañías racionales. ¿Qué le parece á usted la compañía de la Comedia?

—No me parece mal. Don Tirso ya resolvió el año pasado el problema de suprimir los primeros actores, y ahora sigue *tenzá que tenzá* suprimiendo las primeras actrices.

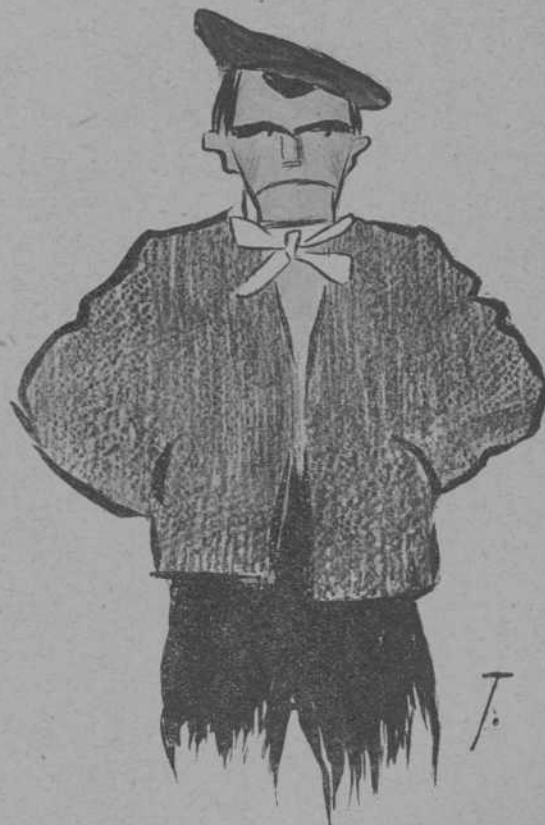
—¿Y á qué obedece este criterio?

—A mi entender, está cansado del brillo de las *estrellas* que siempre traen rabo, como no traigan otras cosas peores.

—¿Y cómo va á defenderse?

—Con el repertorio. Muchas comedias, muy alegres, originales ó traducidas, porque al público le tiene más sin cuidado cada día el orgullo nacional.

—¿De modo que usted aprueba el plan de Tirso Escudero?



Sr. Miró, del Teatro Esclava, en la obra *Todos somos unos*.

—Con toda la *manga*... quiero decir, con todas sus convicciones.

*
*
*

—Pasemos á otra cosa. Ya habrá usted visto que Carmen Cobeña y Francisco Morano han tomado el



Srta. Amalia Campos, del Teatro Apolo, en *La mala sombra*.

Teatro de la Princesa, donde piensan emprender una gran campaña con una buena compañía.

—¿De veras? No lo sabía, pero me alegro extraordinariamente.

—¿Por qué?

—Pues ahí es nada; si Doña Carmen y Don Francisco tienen un arranque de buen criterio y recogen todas las obras dramáticas que el tamiz estrecho y el sistema de *paniguamiento* que rige en el Español no han dejado llegar hasta aquella casa, pueden muy bien dar una lección á los monopolizadores de la heráldica y ganarse las simpatías y los dineros del público. Crea usted que ya está uno harto, cuando va allí de servicio, de oír siempre el *ritornello* de autores y de *compinches* que sirve para formar el cartel constantemente.

—¡Caramba! Me va usted resultando un verdadero puritano.

—Y que lo diga usted; no hay nada que me entusiasme tanto como cuando en el Real oigo aquello de *Suoni la trompa e intrepido*...

*
*

Como el hombre del casco comenzaba á entusiasmarse, creí oportuno cortarle el viaje cambiando de rumbo.

—Y del Teatro de Lara, ¿qué?

—Allí va todo como una seda. El amigo Yáñez tiene una mano izquierda que nada tiene que envidiar á la del gran Lagartijo. «Los de Lara» han llegado á constituir una institución inquebrantable. En cuanto alguien se sube á la parra, en seguida se le encuentra un sustituto de mayor categoría; además el público que asiste al teatro de la calle de la Corredera tiene siempre la seguridad de que no rige la imposición de las obras, y cuando éstas son malas, por más que las aplaudan los amigos del autor, desaparecen del cartel al día siguiente.

En esto oyéronse los rugidos del tigre *Casar*, ó como se llame, acompañados de algunos disparos de revólver, y el bombero puso fin á la *interview* echando á correr como alma que lleva el diablo.

YAGO.



ñero, el joven lánguido y enfermizo, al que refirió cuanto había visto y todo lo que llegó á ocurrirle. Hízolo el viejecito en tan patéticas é interesantes palabras, que su amigo le dispensó una religiosa atención y no osó ni interrumpirle siquiera con la menor exclamación. Cuando hubo terminado, empezó á hablar el joven, que contó á su vez al *Hombre-Abeja* su encuentro con el grifón.

Después le dijo:

—¡Bien hemos salido de esa guarida de seres infernales, y ya podemos felicitarnos por nuestra salvación!

—No tan pronto —repúsole el viejecito—, que pueden abandonar sus cuevas y salir en nuestra persecución para vengarse fieramente de nosotros.

—Ya nada tenemos que temer —replicó el joven—. Esos monstruos no pueden salir de sus antros porque les mataría la luz, y, además, al verlos tan horribles y espantosos huirían amedrentados cuantos vagaran por estos lugares.

Siguieron andando, el *Hombre-Abeja* sin dejar de sus brazos al niño, y el joven enfermizo, ya fuerte y sano, repuesto de su enfermedad y de sus padecimientos.

—¿Y qué vas á hacer con ese pequeñuelo?—preguntó este último al viejecito.

—Buscar á su madre y devolvérselo —respondió nuestro hombre.

—¿Y si no la encuentras?

—Lo entregaré entonces á alguna alma caritativa que haya en la próxima aldea, porque yo soy muy viejo y muy pobre y no puedo cuidarlo, y cualquiera cosa es mejor que abandonarlo á la rapiña de estos monstruos que hemos visto.

gar hasta estos señores de trajes tan lujosos y relucientes, y de palacios tan grandes y magníficos? Nunca he sido yo lo que ellos: ¡es imposible! ¡A la legua se conoce la honda diferencia que hay entre ese príncipe y mi persona! Pero... ¿por qué me habrá tratado tan duramente y á puntapiés?

Y llorando, traspuso los umbrales de la gran puerta de hierro de la hermosa posesión en que sin permiso de sus dueños había entrado.

* *

Dos días más estuvo nuestro hombre vagando al azar, hasta que llegó á una montaña, grande y negra, cerca de cuya base existía una abertura que semejava la boca de una cueva.

Al encontrarse en semejante lugar, recordó el *Hombre-Abeja* que había oído decir que aquella montaña estaba llena de cavernas y parajes subterráneos que servían de guarida á terribles dragones, á espíritus malos y á las más fieras y horrosas criaturas que viven en el mundo y que más parecen abortos del infierno que otra cosa cualquiera de la tierra.

—¡Ay de mí! —se dijo el anciano, lanzando profundo y larguísimo suspiro.

Y como si respondiera á esta exclamación, apareció ante la presencia del *Hombre-Abeja* un joven, de aspecto débil y lánguida mirada.

—Buenos días tengáis, mi señor,—dijo temeroso el viejecito.

—Bien venido seas,—replicó el joven, que no pudiéndose tener en pie, tal era la flojedad de su cuerpo, se sentó en el suelo, descansando la espalda contra un árbol de aspecto rarísimo que había al lado de la entrada de la cueva.

—¿Sóis, acaso, el dueño de esta montaña?—preguntóle el *Hombre-Abeja*.

—No,—contestó el joven.—Pero me alegro mucho que hayáis llegado hasta aquí, porque me ayudaréis á penetrar en esta cueva: me han dicho que obra efectos maravillosos, y que si entro en ella recobraré mis perdidas energías, cosa que bien necesito.

Y el *Hombre-Abeja*, no queriendo contradecir al enfermo joven, y al mismo tiempo curioso por conocer lo que en la cueva se encerraba, cogió por el brazo á aquél y juntos cruzaron la abertura de la caverna que ante ellos había.

**

Poca distancia llevaban andada, veinte ó treinta pasos solamente, cuando les salió al encuentro, dando saltos hacia los intrusos y haciendo ademanes extremadamente vivos, un hombrécito de enorme cabeza, tan bajo de estatura que apenas levantaba medio metro del suelo, y tan negro y brillante de color que su cara, sus brazos y piernas y su cuerpo entero se asemejaban á un par de botas recién embetunadas. Era todo un diablillo.

—¿Quiénes sóis y á qué venis á este lugar?—les preguntó.

—Venía—dijo el joven enfermo—á reponer mi salud y á tonificar mis energías.

—Pues no has podido elegir sitio mejor para el caso,—contestó el diablillo.—Te tonificaremos y pronto tendrás fuerza como diez hombres.

Y encarándose con el anciano, le dijo:

—Y tú, ¿qué traes á la espalda y de dónde vienes con tan extraña figura? ¿Quién eres y qué deseas?

niño, y, decidido y valiente, retrocedió hasta donde había dejado la colmena de paja, y cargándose á las espaldas corrió nuevamente á la cueva del dragón. El viejecito encontró al monstruo en la misma actitud que lo había dejado, y el niño seguía llorando. Sin vacilar, precipitose nuestro hombre en el interior de la temible guarida y arrojó su colmena contra el cuerpo del dragón. Las abejas, enfurecidas con el choque, dejaron el panal de miel que fabricaban y se lanzaron furiosamente sobre la cabeza del monstruo: era de ver cómo se clavaron sin piedad sobre su boca, sobre sus ojos y sobre su nariz, y cómo desgarraron y desfiguraron su horrible cara.

El animal, atemorizado por este repentino ataque y dolorido por los innumerables aguijones que las abejas clavaron en todo su cuerpo, abandonó al niño y fué á refugiarse en la parte más retirada de la cueva, hasta donde fué perseguido por su innumerables enemigos, de los cuales se defendía azotándose salvajemente con sus enormes alas.

El *Hombre-Abeja*, ni tonto ni perezoso, se adelantó, y apoderándose del infeliz pequenuelo salió apresuradamente de la cueva del dragón. Sin abandonar su preciosa carga recorrió varios pasillos, y sin detenerse á recoger el colete de cuero que había dejado á la puerta de la caverna huyó hasta llegar á la salida de la tenebrosa montaña que gobernaba el enano y embetunado diablillo.

**

Corrió nuestro hombre, y corrió hasta más no poder, campo traviesa, y lejos ya de aquellos antros, encontróse con su compa-

diablillo, que, solo y desconsolado, se dedicó á frotarse con sus desiguales manos las espaldas y los hombros, para aliviarse así de los terribles dolores de la tremenda descomunal y pateadura que había sufrido.

* * *

Mientras esto ocurría, el *Hombre-Abeja* recorría atrevidamente, sin que nadie lo acompañara en su arriesgada excursión, gran parte de la montaña. Visitó muchas de las hediondas y entenebrecidas cuevas que contenía y llegó hasta sus más apartados escondrijos, horripilándose ante la presencia de los terribles monstruos que encontraba.

De repente, precedido de un estrépito ensordecedor y horripilante, que hizo retumbar todos los contornos de la montaña, presentóse ante nuestro viejecito un espantoso dragón, con el cuerpo negro como noche oscura, y las alas y la cola de un subidísimo color rojo. Agitaba violentamente sus alas de fuego y llevaba fuertemente aprisionado en las garras á un precioso niño.

—¡Pobre criatura!—se dijo el *Hombre-Abeja*—. Sin duda se la lleva ese dragón á su guarida para devorarla á solas, y á sus anchas.

Vió el anciano que el monstruo se dirigía á una cueva no lejana, y corrió tras la fiera para observar lo que hacía. Agazapóse el animal en tierra sin dejar de sus garras al tiernecito niño, que no cesaba de llorar de un modo lastimero. El dragón miraba á su presa con fruición, como si esperase hacer del pequeñuelo una delicada y succulenta comida.

El *Hombre-Abeja* pensó que algo podría hacer en favor del

—Soy un pobre hombre á quien llaman el *Hombre-Abeja*. Vivía feliz y contento; pero un día, cierto hechicero me dijo que tenía que ser transformado en otra cosa distinta de lo que soy, y precisamente en aquello mismo que era antes de vivir entre las colmenas... Y aquí me tenéis que ando por esos caminos vagando y vagando, ansioso por saber qué fui y por averiguar en qué he de convertirme.

El diablillo inclinó á un lado su descomunal cabeza y contempló detenidamente al infeliz anciano.

—Bien—le dijo—. Puedes recorrer estos lugares como te plazca. Aquí tenemos toda clase de reptiles, serpientes, dragones y otros animales; hasta guardamos en esta cueva un monstruo idiota con cabeza de ostra...

El viejecito no se amedrentó por nada de esto, y contestó al diablillo:

—Pues usando de vuestro permiso recorreré la caverna y veré todo lo que en ella haya para que nadie tenga luego que contarme ninguna cosa.

—Véte—replicóle el diablillo—. Yo acompañaré á tu compañero hasta el lugar donde guardamos las fuentes de salud.

* * *

Y no bien se hubo alejado de ellos el *Hombre-Abeja*, dijo el embetunado cabezota de la cueva al joven enfermizo y débil:

—Ya que se ha marchado ese ridículo viejecito voy á darte la primera receta para encontrar la salud. De la colmena que ese hombre ha dejado en tierra al entrar aquí coge unas cuantas abejas y aplástalas; extiéndelas luego en un trapo viscoso, en forma

de cataplasma, que te colocarás después en los riñones. Esto te vigorizará extraordinariamente, y más si algunas de las abejas con que formas el unto no están completamente muertas...

—¡Cosa más rara!—dijo el joven.

—Pues aún ha de sorprenderte más la segunda receta... Ven conmigo á la cámara del Rey de los Coge-Dragones. Esta es una planta que da una flor muy alegre. Cuando te haya perseguido la flor en rededor de su habitación, y te haya lanzado sus chispas, y en tu presencia haya roncado y aullado, y haya producido chasquidos con su cola, y haya apretado sus mandíbulas como un par de yunques, encontrarás tonificadas tus energías y te hallarás más fuerte que nunca lo estuviste en toda tu vida pasada.

Asustado hasta más no poder estaba el pobre enfermo ante tan extraordinarios y terribles remedios como le proponía el diablillo. Y tartamudeando casi, le preguntó:

—¿No tenéis algún otro sistema más benigno para que yo pueda curarme?

—Aquí encontrarás de todo,—fué la respuesta que el joven obtuvo.—Hay un demonio de aplastada cola: generalmente duerme, y, si quieres, puedes deslizarle hasta el más lejano rincón de su cueva. Yo soldaré su cola á la pared; entonces el demonio rabiará y rugirá con espantable furia, mas no podrá darte alcance porque la cueva donde duerme es ancha. Sólo con oír un par de sus rugidos y con observar sus movimientos recobrarás tu fuerza perdida.

Hizo el joven un movimiento negativo de cabeza, y continuó el diablillo apresurándose á hablar:

—Y si tampoco te agrada este medio, como parece, puedes

elegir otro. Hay en una de las cuevas de esta montaña un horrible grifón, un monstruo que presenta en su boca enormes fauces con espantosas garras, y que tiene las alas cubiertas de agudas puntas; pero, afortunadamente para tí, no puede moverse en absoluto, porque está encantado: hace mil años que permanece quieto. Puedes ir á su guarida y sentarte sobre las espaldas del monstruo; al hacerlo, piensa lo que sucedería si tú durmieras tanto tiempo como el grifón y despertaras en el preciso momento en que había otra persona sentada encima de ti... Si tienes valor para resistir las emociones que estos pensamientos te sugieran, sanarás inmediatamente.

Y á rastras, porque el joven tampoco quiso someterse á este recurso para curar su debilidad, lo llevó el diablillo hasta la cueva del terrible grifón.

Un grito de espanto y de terror saltó de la garganta del pobre enfermo: el grifón era más horrible aún de lo que el diablillo le había contado. Y apenas empezó á gritar el joven, despertó el monstruo, abriendo sus ojos de fuego y aleteando sus dardos.

—¡Sois un canalla, un gran embustero!—dijo el enfermo al diablillo—. ¡Y aún queríais que me sentara encima del grifón! Me pagarás tamaña felonía.

Y como si la sola presencia de este animal le hubiera devuelto las fuerzas que buscaba, cogió al diablillo por las orejas, lo levantó en el aire, lo zarandéó, y echándolo luego á tierra lo pateó de tal manera que el embetunado hombre apenas podía moverse.

Salió corriendo de la temible guarida el joven, con una velocidad increíble en un enfermo, y abandonó la caverna y todos aquellos lugares, dejando en ellos estupefacto y dolorido al maléfico

BUZÓN

Uno de telón adentro:

«A las dos de la mañana
te esperaba que salieras,
y tú sin salir, gitana.
Entre las mallas metida
haciendo el necio papel
de la poética Armida
mientras mi locura cierta
soñando con tus amores
te esperaba allí en la puerta.»

Diga usted á la muchacha que estar con mallas, á las dos de la mañana, y usted esperando en la puerta, no puede ser.

Si no le hace caso, denúnciela usted á Lacierva.

Un vaquero.

¡Qué cosa más sucia!
No debía usted ser vaquero.
Debía ser buey, y tirar de una carreta.

Nicomedes.

«En el festín de la vida
¿qué es lo que haré yo, Dios mío?»

Nada, no haga usted nada.
Estese usted quieto.

Yo creo que usted, en el festín de la vida, *ni comes ni bebedes*.

José Salazar.—Málaga.—Va el dibujo. Mande recibo á la Administración. Leeré los trabajos literarios cuando les toque el turno. Hay plétora.

H. Y. F.^a.—Apreciable compañero: Acepto la cabeza de Morote, la de López Ballesteros, la de Blasco Ibáñez y aun la del Gran Turco. Pase por esta Redacción y hablaremos.

J. Q. M.—Almería.—Hay mucho en usted de poeta. Pero huya del tropo, y más, infinitamente más, de los sonetos. Haga otro género de composición, que seguramente le saldrá mejor, y mándelo. Es lástima que *A un clavel* tan bonito lo meta usted en fiesto de catorce versos.

I. M.—La Bisbal.

PRIMER ABRAZO

«El huracán ronca con furia espantosa;
la azul agua del mar se vuelve muy espumosa;
las gaviotas, con fugaz vuelo, se remontan al cielo;
en medio de la tempestad ay una barca sin consuelo...»

¿Pero hombre, qué le importará á usted todo eso? Deje que el huracán ronque y haga usted por roncar también, que es la mejor manera de pasar la vida, créame.

S. C. F.—Pamplona.

«Paseando por el campo
iva yo un día hermoso
y sentada en un peñasco
encontré una linda *ruvia*,
me acerqué á contemplarla
y observé que estaba triste...»

No deje usted de ir á roncar con el amigo que le ha precedido en el uso de la péñola.

R. M.—Madrid.—No quiero ponerle en un compromiso insertándole el artículo. Decirle á la novia públicamente que llevaba el cántaro en el *hijar*, es muy expuesto. Presumo que aquel Tomé que salía al encuentro de la chica cuando iba á la plaza, es el que se queda con ella.

Fra-Vergas —No empieza usted mal. Cultive la forma. Estoy seguro que hará usted cosas buenas.

A. L. D.—Perdone que lo mande al cesto. Trabaje.

T. Iriarte.—Zaragoza.—El asunto de la prosa, bien desarrollado, carece de originalidad. Entrarán algunas de sus *Humoradas*, pero les quitaré el título, que es de la exclusiva del gran maestro á quien usted no imita mal.

M. H.—Me gusta el alborear de usted. Tiene usted algo debajo del sombrero de paja (digo yo que será de paja), pero necesita usted ir al grano sin rodeos, buscando motivos literarios que no sean resobados. Adelante.

ROLANDO.

ADVERTENCIA.—Participamos á los numerosos lectores que nos escriben pidiendo el envío del primer número, que no podemos complacerles por haberse agotado rápidamente la tirada.

RESTAURADOR VITAL. El vino de cerebri-
na es un verdadero y enér-
gico dinámico del cerebro, sistema nervioso y
muscular, así como un maravilloso restaurador
de las fuerzas sexuales en el hombre, aun en la
ancianidad; su buen efecto es rápido y seguro, sin
que jamás dañe el organismo. 5 ptas. **Prim, 13**
(antes Saúco), farmacia.

Droguería y Perfumería y Fábrica de Barnices
DE Y. RODRIGO

Barniz especial, amarillo y negro para Guardia civil y Cara-
bineros. Frasco con contenido para un año, 1,75 pesetas.

90, CALLE DE TOLEDO, 90 #RENTE A LA
FUENTECILLA
MADRID

SOLUCIÓN SANCHEZ SANTANA
DE GLICEROFOSFATO DE CAL CREOSOTAL
TERPINOL Y QUINA, 2 ptas. frasco.

Es el tratamiento más racional y científico para curar los cat-
arros agudos y crónicos, la tuberculosis en su primer y se-
gundo grados, la debilidad y raquitismo; 2 pesetas frasco en
todas las farmacias y en el Laboratorio del Dr. Sánchez
Santana, Pez, 11 y Arenal, 15.

SOLUCIÓN BENEDICTO
de glicero-fosfato
de cal con **CREOSOTAL**

Para curar la tuberculosis, bronquitis, catarros crónicos. In-
fecciones gripales, enfermedades consuntivas, inapetencia,
debilidad general, neurastenia, impotencia, caries, raquitis-
mo, escrofulismo, etc. Frasco, 2,50 ptas. Farmacia del
Dr. Benedicto, San Bernardo, 41, Madrid, teléfono 634, y
principales farmacias.

FLORES CORDIALES

SEMANARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre.....	1,50 pesetas.
Extranjero, un año.....	9 francos.
Número suelto, 15 céntimos.	

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana.....	120 pesetas.
Media ídem.....	60 »
Cuarto de ídem.....	35 »
Octavo de ídem.....	20 »
Segunda plana.....	100, 50, 25 y 15 » respectivamente.
Tercera plana.....	90, 45, 20 y 10 »
Anuncios breves.—Línea corriente,	50 céntimos.

COLABORACIÓN

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea.

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.